

DE ÍTACA A LAS COSAS DE CADA DÍA

Ariel Arnal

Nada nuevo bajo el sol. La propuesta metodológica del Manifiesto Historia a Debate no representa ninguna revolución en el mundo de la historia. Los presupuestos teóricos que sustentan el documento en su primera versión del año 2001, hallan sus raíces lejos en el tiempo de esta historia inmediata. ¿Llega tarde a Hispanoamérica lo que fue vanguardia hace cuarenta años? ¿Es eso quizás la herencia directa de la larga duración braudeliana?, ¿es que también es aplicable a la historiografía e incluso a la propia historia de la historiografía? Quizás. Esa es precisamente su virtud, el asumir que aún las nuevas propuestas, aparentemente vanguardistas remiten a cimientos colocados por sus antecesores. Es como la solera de un buen vino, donde el sabor y fuerza del mismo se obtiene a través de años de experiencia, de experimentación y audacia. Por eso, bajo el sol, nada nuevo, sólo resultados transmitidos por al menos tres generaciones de historiadores.

Así, Historia a Debate bebe de las aguas de los viejos Annales franceses, de la historia cultural y de las mentalidades, pero también



Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad
Autónoma de Puebla. Correo electrónico: arnal@servidor.unam.mx

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 37, enero-junio del 2003.

del Taller de Historia británico, de las corrientes dialécticas latinoamericanas, y, por qué no, también del vacío posmodernismo historiográfico. ¿Una ensalada que como consecuencia de agregar ingredientes pierde la delicada característica de percibir los mismos? Sin duda éste es quizás uno de los riesgos más importantes, que a mi juicio, corre Historia a Debate.

De este modo, a principios del siglo XXI, y tras más de cuarenta años del resurgimiento paulatino de la historiografía francesa y británica en tierras iberoamericanas, Historia a Debate retoma esencialmente dos cosas:

1. Un acercamiento novedoso a las fuentes, y por lo tanto al vehículo que nos acerca al objeto de la historia.

2. En segundo lugar, recuerda un viejo tópico discutido hasta la saciedad en las aulas y patios de las universidades occidentales alrededor del movimiento de 1968. El compromiso del intelectual para con su sociedad, así sea éste un historiador que trabaja, aparentemente, exclusivamente con el pasado.

En el primer punto, el tomar como fuentes para la historia cualquier tipo de objeto, además de los tradicionalmente considerados materia bruta de la historia, como son las fuentes escritas y cuantitativas, amplía la capacidad de la historia como herramienta para comprender el pasado más allá de la pieza de museo que significa el corsé del pasado. Así, los objetos, la moda, el diseño, la fotografía y el cine, al igual que el pensamiento mismo, representan una veta aún por desarrollar. A principios del siglo XXI, la academia ha asumido que las fuentes de la historia se encuentran por todas partes, abandonando la vieja predominancia de las fuentes escritas, alojadas en un frío y polvoso archivo público, como primer y único elemento legitimador de cualquier elaboración de una interpretación histórica. Triunfo sin duda de los límites de la modernidad. Ese es el panorama teórico común en nuestras filas, el juego y gozo en experimentar nuevas fuentes para el trabajo histórico.

Pero más allá de las fuentes, o antes que ellas, encontramos una propuesta metodológica que permite acercarse a ellas, discernir sobre la necesidad de la utilización de unas y no otras, de los límites y alcances de las mismas. En este sentido, me refiero no sólo a las fuentes, las que por cierto aún esperan un ojo avizor que caiga sobre ellas como águila sobre su presa, sino que hablo de sus respectivas metodologías que arropan teóricamente cada decisión operativa sobre ellas. El escogerlas requiere un compromiso teórico previo que se constituye en la legitimación académica, en el cuerpo legal ante nuestros pares, en el paradigma reverente que nos otorga credenciales. Esto no es cosa vana, es la carta patente de la nueva manera de hacer historia, más aún en un mundo académico que permite, en pos de la consolidación de la posmodernidad historiográfica, la consecución de cualquier idea, proyecto o inspiración, por más vacía que se halle su alforja teórica. El abuso del concepto de la historia de las mentalidades y la historia cultural ha conducido a la historia a un vacío de fundamentos teóricos. Las primeras piedras que sustentan una catedral se encuentran profundamente enraizadas bajo tierra, no se ven, pero resultan fundamentales para el lucimiento de los altos arcos ojivales. La historia sin cimientos, en nombre de la posmodernidad, tiene los días contados.

De allí la necesidad de trabajar precisamente sobre esos cimientos, sobre el cuerpo metodológico que permita levantar una historia sólida, que aporte algo a la comunidad. La herencia de los historiadores no son los datos e informes, sino el andamiaje que permite levantar edificios, lo que llamamos metodología. Valga de paso recordar que quizás la única metodología que unifica, y sólo de manera somera, a las distintas disciplinas o subdisciplinas de la historia es la crítica de fuentes. Es aquí donde hasta la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, la historia marchaba aparentemente unida, y donde se producía el debate historiográfico. Regresar a ese debate es hoy en día urgente.

Pero bien sabemos hoy que la historia no es más que una mirada al pasado, un asomarse al arcón de los recuerdos y obtener las conclusiones propias de lo que allí se ha visto. Por eso es que hoy la

variedad de especialidades, tantas como interpretaciones, se ha convertido al principio de cada investigación en una visita al mercado, donde el historiador escoge lo que lo que mejor se acomoda a sus intereses. Eso ha permitido el surgimiento de infinidad de subespecialidades, tales como historia y psicoanálisis, ecohistoria, historia del ciudadano y sus derechos, historia y hermenéutica, historia de género y minorías, así como historia gráfica. La ilusión y euforia que conlleva la “fundación” de una nueva especialidad olvida por lo general los elementos legitimadores de la misma. Así como las fuentes de las que beben estas noveles subdisciplinas están en la mayoría de los casos aún por explorar, también lo están, y con más razón, sus respectivas metodologías. En ese sentido, queda mucho trabajo por hacer hacia un futuro próximo.

Pero veamos cuáles son los inconvenientes de estas nuevas disciplinas. En primer lugar, lo es precisamente el hecho de que hace relativamente poco tiempo que han llegado al mundo, están por ello, todavía inmersos en el ego infantil, descubriendo apenas que existe un mundo historiográfico a su alrededor. A nivel metodológico, las herramientas brillan por su ausencia. No existen en muchos casos metodologías claras a las que el investigador pueda acercarse y discutir con ellas, cuestionarlas, deconstruirlas y volverlas a construir a su antojo. No, lo común es dar palos de ciego hasta hallar una metodología propia. Es recién ahora, a principios del siglo XXI, cuando los historiadores comenzamos a darnos cuenta que no estamos en una isla desierta, que no somos los únicos con el grave problema de no saber qué tipo de combustible utiliza el famoso “carro de la historia”. Pero la autocrítica suele ser el primer eslabón en la larga cadena de la construcción historiográfica.

Como decía al principio, el planteamiento de “nuevas” áreas de trabajo de la historia, no es, valga la redundancia, un planteamiento nuevo. Lo nuevo es darse cuenta de que no contábamos con herramientas que nos permitieran poner en práctica dichas áreas de la historia aún por desenterrar. Pero aún los muertos reclaman su nombre desde el más allá, y con más razón la historia. La falta de fundamentos metodológicos en la nueva historiografía es como pintar sin lienzo. Así, el aire se lleva la pintura, y también las palabras vacuas.

Retomemos ahora la segunda afirmación del principio, sobre la propuesta de Historia a Debate también como un compromiso del historiador para con su sociedad, la del siglo XXI, no la del pasado. La propuesta no es, como dije nueva, y tampoco vana. Su origen es, en esencia, una manera de entender la fuente, el objeto. Esa manera de entender la fuente es desde luego moderna en su forma y contemporánea en su expresión. Es moderna porque reconoce algo sustancial, la otredad en el objeto de la historia frente al historiador, asignándole personalidad propia y por tanto determinismo sobre el investigador. Es contemporánea porque las fuentes son ahora múltiples, no sólo el papel y las estadísticas tradicionales, sino las cosas que nos rodean y que conforman en última medida nuestra vida cotidiana. Ahora bien, es allí, al reconocer la modernidad de la fuente, donde surge de manera natural la necesaria toma de postura del historiador frente a los acontecimientos que le rodean en su sociedad. Si el objeto define y delimita la acción del historiador, es preciso que éste sepa escoger en el océano de posibilidades la corriente que lo llevará a buen puerto. Esa elección vendrá a su vez definida por la particular historia de vida del sujeto estudiante, es decir, el historiador. Ese camino es, sí, por qué no, hermenéutico, ¿historicista?, tal vez.

En virtud del reconocimiento de esa subjetividad del historiador, de esa necesidad de autohistoriarse, es que la propuesta de Historia a Debate se enriquece: reconoce como tuyas, por legítimas, todas las corrientes que se han precedido unas a otras. Difícil es hoy encontrar, que no imposible, un historiador que se reconozca como positivista. Bienvenido sea, si su convicción es verdadera, honesta consigo mismo, y sobre todo, teóricamente sustentada. Esa será la aportación a Historia a Debate.

Surge así un foro denominado Historia inmediata, panel de discusión sobre los acontecimientos que nos rodean. No me identifico con ello. ¿Cómo escoger, desde el presente, los acontecimientos que serán definitivos en el futuro?, ¿cómo otorgarles el carácter “histórico” a hechos que sin duda resultan importantes, fundamentales y trascendentes para nuestra vida como individuos en sociedad?, ¿es que acaso el ego del historiador no tiene límite y sobrepasa la dimensión

de la propia historia? El compromiso del historiador con su sociedad se encuentra, repito, en la seriedad y sólido fundamento metodológico que a mi juicio sólo otorga el tiempo. Esa es la metodología de la historia y es allí donde hay que buscar la propia identidad de la historia, sin que ello menosprecie la recurrencia a otras disciplinas, tan cercanas como la sociología, la antropología o la ciencia política. Esa solidez metodológica, legitimación a mi juicio de la propia historia, se fundamenta en la profundidad de los argumentos y premisas que permiten llevar a cabo una investigación. El tiempo es finito y más aún el tiempo en que vive y trabaja el historiador.

Es *a posteriori*, tras la consolidación y legitimación del trabajo histórico, que el historiador sale a la calle, vestido ahora de individuo social, y toma partido por los acontecimientos que le rodean, le afectan y le obligan a actuar políticamente. Reconocer los propios límites, no ya como historiadores, sino de manera más importante, como personas que conviven en sociedad y se comprometen con ella, es tarea no del historiador, sino del ser humano. El adagio “zapatero a tus zapatos” calza en la crítica a la nueva posmodernidad.

Finalmente, quisiera añadir que, si bien no hay nada nuevo bajo el sol, el recuerdo ha de ser constante. Para acostumbrarnos a nuestro retrato, es preciso mirarnos al espejo cada día, preguntarnos quiénes somos, qué queremos de nosotros mismos y de la gente que nos rodea, cuál es la meta de nuestro viaje. Ese espejo es hoy Historia a Debate, esa necesaria medicina que vale la pena tomar de vez en cuando para no recaer en la enfermedad de la autocomplacencia y del egocentrismo que nos brinda pertenecer a una disciplina milenaria. Esa es la propuesta: dejarse llevar por la nave en busca de Ítaca, la Ítaca mítica que tan bien plasmara Kavafis y que es hoy, por qué no, la declaración de intenciones de un nutrido grupo de historiadores, el amor a la historia y a nuestro trabajo, quizá, el verdadero motor de la historia.

